

Nuestro Viaje a Benin comenzó el 16 de julio de 2013, aunque ya llevábamos varios meses preparándolo y soñando con vivir la experiencia que, presentíamos, iba a cambiar nuestra vida.

Desde el primer momento en el aeropuerto, se respiraba un ambiente de entusiasmo que hizo que las muchas horas de viaje pasaran volando. Cuando aterrizamos en Cotonou, supimos que íbamos a vivir algo completamente distinto a todo lo que habíamos hecho antes y estábamos ansiosos por empezar la aventura y entrar en contacto con la gente y la cultura. El primer beninés que conocimos fue Felicien, el conductor de nuestro autobús, que pronto pasaría a ser un compañero de viaje imprescindible.

Al llegar a Portonovo, después de dos horas microbús sentados entre trastos y cajas, todos estábamos agotados. Sin embargo, la gente descargaba sus maletas y las de los demás, deshicimos las cajas y lo pusimos todo a punto para el día siguiente. Este esfuerzo por adoptar la mejor actitud y dar el máximo en situaciones de cansancio, sería una constante en nuestro viaje.

Los primeros tres días consistieron en una pequeña toma de contacto con Benín: paseos en autobús de un lado para otro, comprando provisiones por la ventanilla a los comerciantes, haciendo fotos a todo, saludando a cada persona que veíamos... rápidamente nos familiarizamos con la cultura y nos sentimos como en casa, algo increíble porque ninguno antes habíamos estado en una situación de pobreza similar.

La primera visita "oficial" fue a las religiosas de la madre teresa de Calcuta. Pasamos una tarde muy divertida jugando con

los niños de allí y cogimos energía para ir a Ouidáh donde pasaríamos dos días con los huérfanos y discapacitados de las Agustinas. La acogida y el trato fueron inmejorables, tanto por parte de las religiosas como de los niños, que a pesar de sus miserias materiales y familiares nos dieron todo su cariño de una manera tan desinteresada que nos impresionó a todos. Su entrega a nosotros, sus ganas de jugar, su ilusión y su fuerza nos hicieron darnos cuenta de que nuestra ayuda era insignificante en comparación con la lección de vida que estábamos aprendiendo con ellos. Su vida constituye un ejemplo para todos porque a pesar de haber nacido con una situación difícil, tienen unas ganas de vivir y de aprovechar lo bueno de cada día que estando con ellos te invade de felicidad. Después del buen sabor de boca de esta experiencia, tuvimos que enfrentarnos a un viaje de 15 horas de autobús hacia el norte de Benín, que se hizo sorprendentemente ameno, entre canciones, testimonios de pareja y otras muchas distracciones que encontramos para olvidar lo incómodos y apretados que íbamos. Por fin llegamos Nikki, sanos y salvos, y de nuevo tuvimos que sacar fuerzas para arrastrar nuestras inseparables cajas y maletas entre risas flojas producidas por el cansancio.

El primer día en el colegio del carmen fue un poco chocante para nosotros porque Nikki nos resultaba distinto a lo poco que habíamos conocido de Benin. La pobreza era mayor como también lo era la incultura y la gente, tenía una mentalidad más cerrada por lo que nos costó coger confianza con los niños que, en un principio, no parecían requerir tanto cariño ni atención como los de Ouidáh. Sin embargo, el periodo de adaptación fue muy breve y casi sin darnos cuenta estábamos totalmente involucrados con el colegio y los niños, metidos de pleno en nuestro papel de maestros. El

monotema en el tiempo libre eran las clases, los niños, las canciones que les íbamos a enseñar, los números y los juegos. A veces parecía que nuestro esfuerzo no servía de nada y que los niños no aprendían pero el último día en la función de despedida nos dimos cuenta de que nuestro empeño y constancia valieron la pena, y quedamos muy satisfechos con el trabajo.

Nuestro viaje iba llegando a su fin y por eso quisimos aprovechar los últimos días para hacer un poco de turismo y disfrutar de los paisajes benineses. Estuvimos en el parque de Pendjari que fue toda una experiencia, visitamos la ruta de los esclavos, un poblado ecuestre y una preciosa playa en la que comimos estupendamente. Para cerrar nuestro viaje tuvimos una animadísima fiesta en la azotea de la casa de España, donde empezamos a asimilar que la experiencia terminaba. A la mañana siguiente tuvimos la última misa con el Padre Aurelio e hicimos una puesta en común de las impresiones del viaje que fueron, como era de esperar, muy positivas.

La vuelta a Madrid fue como un jarro de agua fría. Recuerdo que antes del viaje el padre Aurelio me dijo: “Benin engancha”, y fue lo primero que me vino a la mente al llegar porque tuve esa sensación de querer volver corriendo nada más pisar Barajas. Puedo decir con seguridad que Benín ha sido la experiencia más importante de mi vida hasta el momento y me siento muy afortunada de haber tenido la suerte de vivir algo tan especial. Por mucho tiempo que pase, se que nunca voy a olvidar las lecciones de vida tan importantes que aprendí conviviendo con esa gente y su cultura, y el cariño que me transmitieron lo tengo grabado para el resto de mi vida.

CGM